

Convergencia. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1405-1435
revistaconvergencia@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Zamitiz Gamboa, Héctor
Origen y Desarrollo de la Ciencia Política: Temas y Problemas
Convergencia. Revista de Ciencias Sociales, vol. 6, núm. 20, septiembre, 1999
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10502003

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org
Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Origen y Desarrollo de la Ciencia Política: Temas y Problemas

Héctor Zamitiz Gamboa

FCP y S-UNAM

Resumen: El presente artículo profundiza en tres grandes temas de interés que, además de encontrarse claramente entrelazados en la historia de la disciplina, ilustran algunos de los principales desacuerdos que se han generado por los cambios en los cánones. Esto con el fin de pensar la política en las distintas épocas (lo que desde la perspectiva khuniana podría ser considerado como una revolución científica).

Abstract: *This ar ti cle goes deep into three im por tant themes, which, be side the fact that they are clearly braided in the his tory of po lit i cal sci ence as a dis ci pline, they il lus trate some of the main ar gu ments that have emerged prin ci pally due to the changes in the rules on how to think of politics during different historical periods (what could be considered, according to khunian's perpective as sci en tific rev o lu tion).*

Parece que al interesarse por el desarrollo científico, el historiador tiene dos tareas principales. Según Thomas S. Khun, por una parte, debe determinar quién y en qué momento se descubrió o inventó cada hecho, ley o teoría científica contemporánea y; por otra, debe describir y explicar el conjunto de errores, mitos y supersticiones que impidieron una acumulación más rápida de los componentes del caudal científico moderno. Sin embargo, durante los últimos años, algunos historiadores de la ciencia han descubierto que es más difícil desempeñar las funciones que les asigna el concepto de desarrollo, por acumulación. Quizá –apunta Khun– porque la ciencia no se desarrolla por la acumulación de descubrimientos e inventos individuales, y las teorías anticuadas no dejan de ser científicas por el hecho de que hayan sido descartadas. Esto hace difícil considerar el desarrollo científico como un proceso de acumulación (Khun, 1986:2).

Lo an te rior ha obligado casi siempre a los historiadores a privilegiar la integridad histórica de una ciencia en su propia época y, después, a buscar sus contribuciones permanentes al caudal nuevo de conocimientos. No obstante, la existencia de *episodios extraordinarios* subvierten la tradición de prácticas científicas y se inician investigaciones extraordinarias que conducen a *un nuevo*

conjunto de compromisos, denominados por Khun: *revoluciones científicas*[1].

Si pretendemos seguir el razonamiento de Khun, es pertinente preguntarnos: ¿Cómo ha sido el proceso histórico en el estudio de la política, para lograr su *status* como ciencia? ¿Existen desacuerdos fundamentales en tre la comunidad de los científicos políticos? ¿Cuáles son las controversias que persisten con el paso del tiempo?¿Cuáles y por qué pueden ser considerados episodios extraordinarios en el desarrollo de la ciencia política?.

La complejidad en esta última área nos obliga como miembros de dicha comunidad, a esclarecer conceptos y corregir malentendidos. Para re sponder algunas de estas interrogantes tomamos como punto de partida el planteamiento de que la evolución de la disciplina ha sido con tinua y se ha producido a través de la definición y redefinición de su objeto de estudio. En el transcurso del tiempo ha cambiado tanto el objeto (la política) como el método (la ciencia), por lo que su desarrollo puede y acaso deba trazarse y analizarse precisamente con referencia a estas dos modificaciones (Sartori, 1992:201-260; Pasquino, 1998: 15-35).

Para atender esta problemática, el presente artículo profundiza en tres grandes temas de interés que, además de encontrarse claramente entrelazados en la historia de la disciplina, ilustran algunos de los principales desacuerdos que se han generado por los cambios en los cánones. Esto tiene el fin de pensar la política en las distintas épocas (lo que desde la perspectiva khuniana podría ser considerado como una

[1] Khun asevera que al pasar un año en una comunidad compuesta principalmente por científicos sociales, se asombró ante el número y alcance de los desacuerdos patentes, sobre la naturaleza de problemas y métodos científicos aceptados. Tanto la historia como sus conocimientos le hicieron dudar de que quienes practicaban las ciencias naturales poseyeran respuestas más firmes o permanentes para esas preguntas, que sus colegas en las ciencias sociales. Sin embargo, hasta cierto punto, la práctica de la astronomía, de la física, de la química o de la biología no evocaba para él, normalmente, las *controversias* sobre fundamentos que, en la actualidad, parecían endémicas, por ejemplo entre psicólogos y sociólogos. Así, al tratar de descubrir el origen de esta diferencia, Khun llegó a reconocer –según lo afirma– el papel de la investigación científica. Desde entonces llamó *paradigmas* a las “realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica”.

*revolución científica).*También se abordan las controversias, "temas pendientes" y hasta falsas disyuntivas que obedecen, por una parte, a la vinculación de la ciencia política con la filosofía política y con la historia de las ideas y del pensamiento político; y, por otra, al desarrollo y diversificación de nuevos métodos y técnicas preferentemente empíricas.

Dos formas de entender la política: la aportación de Aristóteles y Maquiavelo

En los inicios de la década de los 60, el ensayista francés Georges Mounin invitó a los interesados en comprender los orígenes de la ciencia política, a discutir lo que él consideró una cuestión pendiente que todo estudioso, debía conocer y reflexionar. En este sentido escribió:

> *"La idea más corriente es que antes de Maquiavelo no existía, en cuestión de ciencia política, más que balbuceos apenas dignos de una mención o utopías sin valor objetivo, o tratados escolásticos y morales llenos de verbalismo. Todos los que al consagrar un estudio a Maquiavelo han examinado lo que era la ciencia política an tes de él, señalan en mayor grado el vacío entre sus predecesores y Maquiavelo, y no la continuidad"* (Mounin, 1962:115).

El estudioso francés Marcel Prélot escribió en 1964 que el conocimiento sistemático y ordenado del Estado había constituido una ciencia desde sus orígenes y que los griegos eran, a su vez, los creadores de la política. En tre ellos, Aristóteles era no sólo el prin ci pal promotor del conocimiento científico, sino también el autor de un gran descubrimiento: cada ciencia tiene su individualidad. A él le debíamos la política, la ciencia política y la situación de ésta en el seno de las ciencias (Prélot, 1964:17).

Prélot se empeñó en aclarar por qué *La Política* de Aristóteles se consideraba más un conocimiento filosófico-político que científico, y señaló que la clasificación aristotélica se apoyaba en la distinción de tres operaciones del espíritu: *saber, hacer y crear*. En consecuencia, según su planteamiento, existían tres grandes categorías de ciencias: teóricas, prácticas y poéticas. Las ciencias teóricas eran las matemáticas, física y metafísica; las poéticas incluían la lógica, retórica y poética y, situadas en tre ambas, las ciencias prácticas eran la ética, económica y política.

Así, la ética era la ciencia del comportamiento per sonal; la moral, el conocimiento de la conducta del individuo; la económica, la ciencia de

la familia, de su composición y del mantenimiento del hogar y; la política, la ciencia de la constitución y de la conducta de la ciudad-Estado (sic). La política ocupaba –según Aristóteles– la cúspide de la jerarquía, porque su objeto: la ciudad-Estado englobaba toda la organización social, pero, sobre todo, porque dominaba teóricamente a las otras ciencias, es decir, regulaba todas las actividades humanas.

Sin embargo, la frontera entre la ética y la política no siempre se trazó claramente. "El objeto de la ética es una especie de política". Esta afirmación del estagirita, según Prélot, mostró que hubo en él alguna incertidumbre en lo relativo a la delimitación de las diferentes artes. En cambio, distinguió con claridad entre la política, que es el conocimiento de las cosas cívicas y la económica, que es la ciencia de las cosas domésticas.

Lo que sí es un consenso general es que *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo es el título del libro con el que inicia la ciencia política moderna. El detentador del poder absoluto reclama toda la atención. Es a él a quien es necesario conquistar e instruir. La política se inclina entonces hacia la psicología y la pedagogía y, aunque bajo estos aspectos continúa fluyendo la corriente antigua, la ciencia política en la obra de Maquiavelo es una disciplina que no sólo reconoce la realidad presente en la que se *aplica*, sino que demuestra ser ciencia trascendiendo la realidad. No se limita a describir los fenómenos que estudia, busca siempre las mejores soluciones teóricas y prácticas que se derivan de tales fenómenos.

La característica de Maquiavelo –nos dice Arnaldo Córdova– es que aceptó los hechos de su tiempo con un sentido de objetividad, de la *verdad efectiva* de las cosas que aún sigue siendo ejemplar, para la investigación científica de los hechos sociales. Por tanto, comienza a *inventar* la ciencia política en el momento mismo en que reconoce en los hechos de los hombres, una forma especial de actuar que se relaciona claramente con la existencia del Estado.

En primer término, el actuar político es ya evidente, identificable en la vida so cial como una forma de actividad, distinto de otros modos de comportamiento social que da a su obra un carácter diferente; no sólo con relación a obras escritas en otras épocas, sino aún respecto de aquellas que en su tiempo no lograban ser obras políticas especializadas. En segundo término, el Estado como un organismo que

se coloca por encima de la sociedad con sus propias relaciones, que es indiferente a toda actividad que no sea la política y la militar, está ya presente y a él se refiere Maquiavelo como centro de su preocupación científica.

> *"En efecto, el pensador florentino es el primero que escribe perfectamente sobre el Estado, el primero que usa el término Stato en un texto político es pe cial; es, además, el primero que identifica al Estado como una entidad autónoma..."* (Córdova, 1976: 101).

¿Cuál es la característica de la ciencia política de Maquiavelo?. El problema del significado que ha tenido el secretario florentino en su tiempo y de los fines que se proponía escribiendo sus libros y especialmente *El príncipe* es abordado, entre muchos otros, por Antonio Gramsci. El pensador y dirigente italiano nos dice que la doctrina de Maquiavelo no era en su tiempo puramente "libresca", un monopolio de pensadores aislados, un libro secreto que circula entre iniciados. Su estilo no es el de un tratadista sistemático como los había en el medievo y en el humanismo, sino todo lo contrario, es el estilo de un hom bre de acción. El mismo Maquiavelo destaca que las cosas que escribe son *aplicadas* y lo han sido siempre por los más grandes hombres de la historia. De allí que no parezca sugerirlas a quienes ya las conocen. Su estilo no es tampoco el de una desinteresada actividad científica, ni puede pensarse que llegó a sus tesis de ciencia política por especulación filosófica, lo que en esta materia particular tendría algo de milagroso para su tiempo, si aún hoy encuentra tanta hostilidad y oposición. Por ello, "...es todo un hombre de su época; y su ciencia política representa la filosofía de tal época..."(Gramsci, 1986:37).

Lo cierto es que, sin proponérselo, Prélot profundiza en el debate que abre Georges Mounin. Dice que la filiación aristotélica del secretario florentino es segura, pues leyó y meditó una traducción italiana de *La Política* publicada en 1435 por el erudito Leonardo Bruni, cuya edición se multiplicó desde 1470. Prélot puntualiza que la inspiración del florentino no es la de Aristóteles, pues éste dirige sus investigaciones hacia el buen gobierno que garantiza una vida buena a sus buenos ciudadanos. Maquiavelo tiene un objetivo más directo y bru tal: un gobierno eficaz para "una Italia unida y desclericalizada". En consecuencia, para Maquiavelo la política es el arte del Estado dirigido más hacia la obediencia de los ciudadanos, que a su felicidad. Empero, ya se trate del bien de los hombres o de su obediencia, el objeto del

conocimiento político sigue siendo el Estado, concebido así como un cuerpo político.

A decir de Mounin, es contra Aristóteles que se quiere defender una suerte de primicia de Maquiavelo, en materia de ciencia política. Contra Aristóteles, autor de *La Política*, pues existe una opinión común de que Maquiavelo ignoraba el tratado del estagirita.

Aunque las pruebas que ofrece este autor no son del todo decisivas, su planteamiento nos obliga a la reflexión. La polémica se sitúa en que, si bien la distancia entre Aristóteles y Maquiavelo es inmensa, con seguridad el segundo se nutrió de *La Política*, como todos los de su tiempo, incluido el mismo Savonarola. En primer lugar, se asegura que Maquiavelo fue el primero en proclamar su positivismo político en la famosa frase "...Me ha parecido conveniente atenerme a la verdad de hecho de la cosa y no a lo que de ella se ha imaginado. Porque muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni conocido como si existiesen realmente". Para Mounin esto es inexacto, pues Aristóteles, con menor jactancia, ya había reprochado a Platón dos veces seguidas que su República no había jamás existido (Libro II, Caps. 2 y 3) (Mounin, 1962:116).

Por ello no es posible –apunta Mounin– disminuir el aporte de Aristóteles, ni aun para dar a Maquiavelo lo que le pertenece. Es evidente que la ciencia de Aristóteles está condicionada a las formas de civilización que él observa, pero debe reconocerse como el creador de una ciencia política empírica, por su cuidado en apoyarse sobre los hechos (se le ha reprochado de recurrir a la historia más que a la razón pura y haber "con demasiada frecuencia creído que lo que es, era lo que debía ser"); por su laicización de la política (al decir que el hombre es un animal político, hace de la vida política un hecho natural y se libera de toda explicación mitológica) y por su curiosidad por cuestiones económicas. Mounin enfatiza:

> *"...borrar el nombre de Aristóteles del punto de partida de una larga línea de escritores que van constituyendo lentamente la ciencia política en provecho de Maquiavelo, con el pretexto de que Aristóteles no ha codificado la experiencia política del siglo XVI, es anti-histórico..."* (Mounin, 1962:117).

Filosofía política, teoría política y ciencia política: relaciones y especificidades

Uno de los problemas actuales que genera cierta confusión, es el que tiene que ver con la ubicación de los ámbitos entre la filosofía, la teoría

y la ciencia política, así como sus relaciones y especificidades. La cuestión no se resuelve fácilmente. Para entender el núcleo del problema es necesario conocer las diferentes tradiciones de ciencia política (europea y norteamericana fundamentalmente) y el modo de posicionarse respecto de algunas corrientes de la filosofía política. De lo contrario, en lugar de demostrar cómo y por qué existe un enriquecimiento mutuo entre filosofía política y ciencia política, seguirán existiendo enfrentamientos por la defensa de las fronteras de las disciplinas, o bien, no asumir qué significa en realidad hacer teoría en la ciencia política contemporánea, lo cual hace aún más difícil dominar los componentes de la disciplina. Durante este proceso se ha presentado una primera dificultad y, al igual que Gianfranco Pasquino, nosotros suscribimos: *no existe una concepción aceptada por todos de lo que significa teoría política* (Pasquino, 1988:33).

Veamos el siguiente ejemplo. Sobre las relaciones en tre la filosofía, la teoría y la ciencia política, Ray mond Aron observó en 1962 que a la pregunta: "¿Qué es la teoría política?", filósofos y politólogos interrogados por la *Revue francaise de science politique* dieron una respuesta dictada por su respectivo modo de pensamiento. Los tres filósofos: Isaiah Berlin, Eric Weil y Richard Wollheim definieron su teoría en función de la filosofía. Por otra parte, tres estudiosos de la política considerados como pertenecientes a otro género: Henri Lefebvre, Bertrand de Jouvenel y An thony Downs, explicaron la teoría política a partir de una doctrina política diferente en tre sí, o en función de la teoría con otras ciencias sociales, en particular la economía.

Una de las primeras observaciones de Aron fue que, mientras para los filósofos entrevistados –aunque no todos distinguían claramente entre teoría y filosofía– la teoría era más o menos caracterizada por evaluaciones (o si se prefiere juicios de valor), o en función de consideraciones meta-empíricas. Así la teoría de los politólogos sería esencialmente descriptiva. Sin em bargo, al aseverar que no había nada más nor mal y legítimo que estos últimos buscaran una teoría empírica, Aron se preguntó: ¿Por qué, a pesar de múltiples esfuerzos, no hay el menor consenso sobre la teoría política, sobre sus conceptos fundamentales, sobre sus modelos?.

Al referirse particularmente a Downs en la construcción de un modelo económico de la democracia, Aron formuló la siguiente objeción:

> *... cada teórico tiene el derecho de construir un modelo si en ello encuentra diversión o interés. Pero se equivocaría singularmente sobre la naturaleza de la realidad y la ciencia política, si atribuyera a semejante modelo un alcance comparable al de los modelos económicos, (pues) un modelo que incluye los dos postulados que hemos recordado no ofrece una imagen simplificada o esquematizada de las conductas políticas, sino que deforma o falsifica esas conductas, o, por lo menos, hace de ellas una interpretación que los propios actores no aceptarían...* (Aron, 1997:147).

Esta advertencia será el eje de su preocupación, de lo que llamará "*una teoría de la teoría política*". Lo que en realidad le interesaba a Aron, era dejar claro que las filosofías políticas del pasado se apartan menos de la realidad que los esquemas abstractos de los teóricos de hoy; y que ni la ciencia ni la teoría política contemporáneas, respondían categóricamente a las preguntas que tradicionalmente había planteado la filosofía. Dichas preguntas nos ayudaron a reconocer sentidos y valores específicos de la política y, por tanto, a identificar las vari ables y las soluciones históricamente cambiantes, dadas a problemas permanentes.

La crítica a la formulación y uso de modelos abstractos en la ciencia política llevará a entender la *teoría* como *filosofía*, o a proponer la recuperación de la filosofía política puesto que "el esfuerzo del teórico no debe ten der a la elaboración de un esquema simplificado", en el cual actuaría una motivación única. Como toda teoría social, la política tiene como fin la comprensión de un universo específico, con derecho de simplificar éste, pero sin falsear su sentido. Por ejemplo, no se comprendería a la política real, a los políticos, ni a las filosofías políticas, si se decreta que la lucha por el poder, o la lucha por la participación en los beneficios del poder, constituye su esencia, revela su importancia permanente o descubre su mecanismo.

Por tanto, –dirá Aron– ni la teoría como elaboración conceptual, ni el estudio empírico alcanzan una entera neutralidad si ésta exige el rechazo de toda valoración. La ciencia política, al menos implícitamente, suele juzgar los valores que profesan los actores que ella estudia. No es posible comprender el sentido de una conducta política, sin incluir en esta comprensión ciertas distinciones de valores. Al respecto Aron pregunta: ¿Cómo determinar o definir una ciudad ejemplar y cómo fundar la obediencia si se ignora el lugar del individuo en la ciudad y el del hombre en la naturaleza, cuanto que "el orden político, con sus necesidades y sus valores, no constituye toda la existencia humana"? La teoría que identifica la textura inteligible de ese orden es parte de la reflexión sobre la existencia humana, es decir,

la filosofía. ¿Tiene ésta la capacidad para determinar dicha existencia y, por consiguiente, el orden ideal de la política? ¿O puede aislar el curso de la historia aquello a lo que tiende, a lo que aspira el hombre político (el hom bre moral)? ¿o no pasa la filosofía de ser un análisis de los valores políticos, sin conclusión imperativa y sin sistema? (Aron, 1997:166).

Ahora bien, Leo Strauss explica el problema en los siguientes términos. Por tradición, la filosofía y la ciencia no se distinguían: la ciencia nat u ral era una de las par tes más importantes de la filosofía. La gran revolución intelectual del siglo XVII que sacó a la luz la moderna ciencia nat u ral fue la *revolución* de una nueva filosofía o ciencia, contra su versión tradicional (principalmente la aristotélica). Pero la nueva filosofía sólo se impuso en la parte correspondiente a la nueva ciencia nat u ral, la cual se hizo más y más independiente y por decirlo así, hasta llegó a ser una autoridad para la filosofía. De este modo, escribe Strauss:

> *...quedó generalmente aceptada la distinción en tre filosofía y ciencia, y con el paso del tiempo, también la distinción en tre filosofía política y ciencia política como una especie de ciencia natural de las cosas políticas. Sin embargo, por tradición, filosofía política y ciencia política eran lo mismo...* (Strauss y Cropsey, 1996:13).

Conviene subrayar que para Strauss la *filosofía política no es lo mismo que pensamiento político en general.* Por ejemplo, la filosofía política clásica de Sócrates fue predominante hasta que apareció la moderna en los siglos XVI y XVII, que surgió por la ruptura con los principios del pensador griego. Aunque Sócrates no fue el primer filósofo –lo cual significa que la filosofía política fue precedida por la filosofía–, él se apartó del estudio de las cosas divinas o naturales y dirigió sus investigaciones por entero a las cosas humanas, es decir, a las cosas justas, nobles y buenas para el hombre. Aunque no escribió libros, al llevar adelante sus investigaciones por medio de diálogos, partió de las opiniones generalmente sostenidas. Entre éstas, las más autorizadas eran las que contaban con la sanción de la ciudad y de sus leyes por la más solemne convención. Pero resulta que dichas afirmaciones se contradicen en tre sí. Por tanto, es necesario trascender toda la esfera de las opiniones generalmente sostenidas, o del concepto como tal, en dirección de un conocimiento.

Pero, ¿cuál es la razón por la que Sócrates fue fundador de la filosofía política?. Según Strauss, cuando consideramos el carácter de las preguntas que planteó en sus conversaciones, observamos que éstas

pretendieron destacar la naturaleza de la cosa en cuestión, es decir, la forma o el carácter de la cosa. Este fue el caso del significado de "naturaleza", que debe entenderse principalmente como "forma" o "idea".

Como ninguno de sus predecesores, Sócrates no se limitó a apartarse del estudio de las cosas naturales, sino que originó una nueva clase de estudio en el que la naturaleza o idea de justicia, o derecho natural y, sin duda, la naturaleza del alma humana sería más importante que, por ejemplo, la naturaleza del sol.

Strauss lo explica en una forma tan ilustrativa que conviene citarlo ampliamente:

"No podemos comprender la naturaleza del hom bre si no comprendemos la naturaleza de la sociedad humana. Sócrates, como Platón y Aristóteles, supuso que la forma más perfecta de sociedad humana es la polis. Hoy, polis es interpretado como la ciudad-Estado griega (sic). Para los filósofos políticos clásicos era puramente ac ci den tal que la polis fuese más común en tre los griegos, que en tre los no griegos. Tendríamos que decir, pues, que el tema de la filosofía política clásica no fue la ciudad-Estado griega, sino la ciudad-Estado. Sin embargo, esto presupone que la ciudad-Estado es una forma particular del "Estado". Por consiguiente, presupone que el concepto de Estado, comprende la ciudad-Estado entre otras formas. Y sin embargo, la filosofía política clásica carecía de este concepto. Cuando la gente habla hoy del "Estado", habitualmente comprende eso y no "sociedad". Esta distinción es ajena a la filosofía política clásica. No basta decir que la polis abarca a la vez Estado y sociedad, pues el concepto "ciudad" es anterior a la distinción entre dichos términos; por tanto, no entendemos "la ciudad" diciendo que ésta comprende Estado y sociedad. El equivalente moderno a la "ciudad", en el nivel del entendimiento del ciudadano, es "el país"; pues cuando un hom bre dice, por ejemplo, que "el país está en peligro" tampoco ha hecho una distinción en tre Estado y sociedad. La razón de que los filósofos políticos clásicos se preocuparan principalmente por la ciudad, no fue porque desconocieran otras formas de sociedades en gen eral y en particular. Conocían la tribu (la nación), además de estructuras como la del Imperio persa. Se interesaron sobre todo por la ciudad, porque la preferían a esas otras formas de sociedad política" (Strauss y Cropsey, 1966:17).

Para Sheldon Wolin, otro importante estudioso de la filosofía política, ésta debe ser comprendida de la misma manera en que se entiende una tradición compleja y variada. Aunque tal vez sea imposible reducirla a una breve definición, él propone elucidar las características que la distinguen de otras formas de indagación. Pues desde que Platón advirtió por primera vez que la investigación acerca de la índole de la vida buena del individuo, se relacionaba inevitablemente con una indagación convergente (y no paralela) acerca de la comunidad buena, se ha mantenido una íntima y continua vinculación entre filosofía política y filosofía en general. La mayoría de los filósofos, además de haber contribuido generosamente al acervo

principal de las ideas políticas, han proporcionado al teórico político muchos de sus métodos de análisis y criterios de evaluación. Históricamente –nos dice Wolin–:

> *...la diferencia fundamental entre filosofía y filosofía política ha radicado en un problema de especialización y no de método o de temperamento. En virtud de esta alianza los teóricos políticos han adoptado como propia, la búsqueda básica de conocimiento sistemático que lleva a cabo el filósofo...*(Wolin, 1993:12).

Para explicar la vinculación de la teoría política con la filosofía, Wolin advierte que esta última puede ser diferenciada de otros métodos para extraer verdades, tales como la visión mística, el rito secreto, las verdades de conciencia o el sentimiento íntimo, porque refiere a verdades públicamente alcanzadas y demostrables. Al mismo tiempo, una de las cualidades esenciales de lo político –que ha moldeado definitivamente el enfoque de los teóricos acerca de su objeto de estudio– es su relación con lo público. El ejemplo que nos da al respecto es el de Cicerón, cuando denominó al cuerpo político una *res pública*, una “cosa pública” o la “propiedad de un pueblo”. Así, de todas las instituciones que ejercen autoridad en la sociedad, se ha singularizado el ordenamiento político como referido exclusivamente a lo que es “común” a todos. Ciertas funciones, tales como la defensa nacional, el orden interno, la administración de la justicia y la regulación económica fueron declaradas responsabilidad primordial de las instituciones políticas, con base en que los intereses y fines servidos por estas funciones beneficiaban a todos los integrantes de la comunidad. Por tanto, a decir de Wolin, la íntima conexión entre instituciones políticas e intereses públicos se incorporó a la práctica de los filósofos. Por ello se ha considerado a la filosofía política como una reflexión, sobre cuestiones que preocupan a la comunidad en su conjunto.

Desde su perspectiva, el objeto de la filosofía política sería *el estudio de las relaciones de poder entre gobernantes y gobernados, la índole de la autoridad, los problemas planteados por el conflicto social, la jerarquía de ciertos fines o propósitos como objetivos de la acción política, y el carácter del conocimiento político*. Si bien los filósofos políticos no se han interesado por igual en todos estos problemas, se ha establecido, en cuanto a la identidad de los mismos, un consenso que justifica la creencia de que estas preocupaciones han sido permanentes. La circunstancia de que los filósofos hayan disentido, a menudo violentamente, respecto de las soluciones no

desmiente que haya un objeto común de estudio. Lo que importa, enfatiza Wolin, es la continuidad de las preocupaciones, no la unanimidad de las respuestas.

En este sentido, es importante enfatizar que el acuerdo del objeto de estudio de una disciplina, presupone que aquellos a quienes les interesa ampliar el saber dentro de un campo determinado, coinciden sobre lo que es pertinente para dicho objeto y lo que debe excluirse. Lo anterior significa que el filósofo debe tener claro *qué es político y qué no lo es.* (Para Wolin, Aristóteles aducía al comienzo de su *Política,* que no se debía confundir el papel del estadista *politikós*, con la del propietario de esclavos o el del jefe de familia; el primero era específicamente político; los otros, no).

De lo anterior se deriva uno de los problemas básicos que enfrenta el filósofo político, cuando intenta establecer la especialidad del objeto de estudio de su disciplina. ¿Qué es político? ¿qué distingue, por ejemplo, la autoridad política de otras formas de autoridad, o la participación en una sociedad política del activismo en otros tipos de asociaciones?.

Para responder a estas cuestiones, varios filósofos –entre ellos Hannah Arendt, durante la década de los años cincuenta–, contribuyeron a gestar una concepción de la filosofía política como forma permanente de discurso acerca de lo que es político, y a describir al filósofo político como alguien que filosofa acerca de lo político. ¿Qué condiciones debe satisfacer determinada acción o situación para que se le llame política? ¿Cómo han llegado los filósofos políticos a escoger determinadas acciones e interacciones, instituciones y valores humanos, y llamarlos políticos?.

A la pregunta: ¿qué es la política? Hannah Arendt responde en forma categórica: "*la política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres*" (Arendt, 1993:46). Para ella la política trata del *estar juntos* y los unos con los otros de los *diversos.* Por ello, plantea que los hombres se organizan políticamente según determinadas comunidades esenciales en un caos absoluto, o a partir de un caos absoluto de las diferencias. En la medida en que se construyen cuerpos políticos sobre la familia y se les entiende a imagen de ésta, se considera que los parentescos pueden, por un lado, unir a los más diversos y, por otro, permitir que figuras similares a individuos se distingan las unas de las otras. Sin embargo, desde un punto de vista práctico-político, la familia

adquiere su significado, por el hecho de que el mundo está organizado de tal modo que no hay ningún refugio para el individuo. Las familias se fundan como albergue y fortificación en un mundo inhóspito y extraño en el que uno desea establecer parentescos. Este deseo –según Arendt– conduce a la perversión fundamental de lo político, porque a través de la introducción del concepto de parentesco, suprime, o más bien pierde, la cualidad fundamental de la *pluralidad* (Arendt, 1993: 46).

En algunos manuscritos que esta filósofa preparaba, entre 1956 y 1959 para su proyecto de libro "Introducción a la política", leemos que el hom bre, tal como filosofía y teología lo entienden, sólo existe –o se realiza– en la política con los mismos derechos que los más diversos se garantizan. En esta garantía voluntaria y en la concesión de una exigencia de igualdad jurídica, se reconoce que los hom bres que deben su pluralidad únicamente a sí mismos, tienen que agradecer su existencia a la creación del hombre. Es por ello que Hannah Arendt anotará –en contradicción al propio Aristóteles– que la filosofía tiene buenos motivos para no encontrar nunca el lugar donde surge la política. Uno de ellos es: *Zoon politikon*, como si hubiera en el hom bre algo político que perteneciera a su esencia. Pero esto no es así –acota Arendt–:

> *...el hombre es a-político. La política nace en el entre –los–hombres, por lo tanto completamente fuera del hom bre. De ahí que no haya ninguna substancia propiamente política. La política surge en el entre y se establece como relación. Así lo entendió Hobbes...* (Arendt, 1993:46).

Arendt reflexiona sobre la importancia del *prejuicio* que existe contra la política y lo que es la política. Ella considera que si se quiere hablar de política se debe empezar por los prejuicios que tienen todos los que no son políticos de profesión, toda vez que los prejuicios que se comparten y que son obvios para los que entienden de política, pueden intercambiarse sin tener que explicarlos detalladamente.

> *"Por eso la política siempre ha tenido que ver con la aclaración y disipación de prejuicios, lo que no quiere decir que consista en educarnos para eliminarlos, ni que los que se esfuerzan en dilucidarlos estén en sí mismos libres de ellos. La pretensión de estar atento y abierto al mundo determina el nivel político y la fisonomía gen eral de una época, que no puede pensarse ninguna en la que los hombres, en amplias esferas de juicio y decisión, no pudieran confiar y reincidir en sus prejuicios"* (Arendt, 1993:52).

A la pregunta: ¿Tiene la política todavía algún sentido?. Arendt responde: *el sentido de la política es la libertad,* pero aclara que la simplicidad y contundencia de tal respuesta reside en que es

exactamente tan antigua, no como la pregunta, que naturalmente ya surge de una sospecha y está inspirada por la desconfianza. Pero hoy, esta respuesta no es, ni obvia, ni inmediatamente convincente. Ello se aprecia con claridad, puesto que actualmente ya no cuestiona el sentido de la política tal y como an tes se hacía: a partir de experiencias que eran de naturaleza no política o incluso anti-política. Ahora la pregunta surge de experiencias muy re ales: de la desgracia que la política ya ha ocasionado en este siglo y de lo mucho que todavía amenaza realizar. No obstante, para Arendt, en la cuestión planteada de este modo resuenan dos ecos: primero, la experiencia de los totalitarismos, en los que presuntamente la vida entera de los hom bres está politizada, con la consecuencia de que no hay ninguna libertad; y, segundo, ante el inmenso desarrollo de las modernas posibilidades de aniquilación, las cuales, al ser monopolio de los Estados, nunca se hubieran desplegado sin ellos, por lo que sólo pueden aplicarse en el ámbito político.

Giovanni Sartori es otro de los autores que establece la distinción entre filosofía política y ciencia política, pero lo hace de una forma mucho más sistemática. Él parte de la premisa de que *la política es el "hacer" del hombre* que, más que ningún otro, afecta e involucra a todos. Este hacer está precedido por un discurso que se vuelve hacia tres antecedentes: la filosofía política, la ciencia o conocimiento empírico de la política y el discurso común u ordinario sobre la política (Sartori, 1992:15).

Al referirse a la filosofía política o más precisamente a las "filosofías de la política", este autor señala que éstas han sido la prin cipal fuente de inspiración de la teoría política hasta hace alrededor de un siglo. Es por ello que todavía hoy gran parte de los problemas políticos de fondo están referidos, aún sin saberlo, a los planteamientos que recibieron dichos problemas en el dominio especulativo. No obstante, nos dice que muchos autores hablan con desprecio de la filosofía tradicional como de un saber "infecundo". Por ello advierte que es preciso no dejarse arrastrar por la polémica, contra la aparente esterilidad del sa ber especulativo hacia otro exceso: el de una actividad práctica a toda costa, pues la dimensión de la vida humana no conviene reducirla solamente a la búsqueda de la acción.

En ese sentido, nos dice Sartori, la filosofía política ha sido un componente esencial e imposible de eliminar del discurso político, por lo cual:

...no es justo que la ciencia empírica de la política venga a eclipsarla, ni tampoco tiene sentido que el científico político desconozca lo que es el fundamento de su campo... (Sartori, 1992:47).

¿En qué consiste la diferencia en tre la filosofía y la ciencia ? o más bien ¿qué diferencia a la filosofía (de la) política, de la ciencia (de la) política?. Sartori responde que la filosofía se puede ver como un *contenido* de saber y/o como un *método* de adquisición de ese saber, por lo que es válido partir de la individualización de los contenidos, que se repiten y se caracterizan al filosofar. El ejemplo, según Sartori, es el que propone el filósofo político italiano Norberto Bobbio, cuando redujo la filosofía política a cuatro grandes temas de reflexión: *1) búsqueda de la mejor forma de gobierno y de la república ideal; 2) búsqueda del fundamento del Estado y justificación del compromiso político; 3) búsqueda de la naturaleza de la política, y 4) análisis del lenguaje político.*

Es por ello que afirmará que *la línea divisoria entre la filosofía política y la ciencia política reside en el "tratamiento" y, en este sentido, en el método*. Al seguir a Bobbio, Sartori subraya que el tratamiento *filosófico* se caracteriza por "al menos uno" de los elementos siguientes: 1) *un criterio de verdad que no es la comprobación, sino más bien la coherencia deductiva; 2) una tentativa que no es la explicación, sino en todo caso la justificación, y 3) la valoración como presupuesto y como objetivo* (Sartori, 1992: 227).

Este planteamiento presenta también la ventaja de poner frente a frente los criterios constitutivos del tratamiento filosófico con los del *método científico,* que consisten en: *1) el principio de la comprobación; 2) la explicación; 3) la no valoratividad*.

En este sentido, nos dice Sartori, Bobbio admite que Maquiavelo debe ser incluido en la filosofía si se toma en cuenta su tema: la indagación sobre la naturaleza de la política. Pero resulta difícil decidir esta inclusión, con base en uno de los tres criterios que según este filósofo político italiano, distinguen al filosofar. A este respecto Maquiavelo estaría más próximo a la comprobación que a la deducción, a la explicación que a la justificación y a la no valoración que a la axiología.

Si se les ve por separado, ninguna de las distinciones que acabamos de enumerar parece exhaustiva, pero ya en conjunto dentro de la

acepción filosofía se incluiría el pensar caracterizado, según Sartori, por más de una de las características siguientes, aunque no necesariamente por todas: *1) deducción lógica, 2) justificación, 3) valoración normativa, 4) universalidad y fundamentalidad, 5) metafísica de las esencias y 6) inaplicabilidad.* En cambio, dentro de la acepción *ciencia* tendríamos el pensar caracterizado por más de uno de los siguientes rasgos, aunque no obligatoriamente por todos: *1) comprobación empírica, 2) explicación descriptiva, 3) no valoración, 4) particularidad y calculabilidad, 5) relevamiento de existencias y 6) operacionabilidad y operatividad.*

Ahora bien, el planteamiento an te rior no in dica que al sa ber sólo se le clasifica en términos de filosofía o de ciencia, también se le incluye en el término *teoría.* Además, en el ámbito de la política hablamos también de *doctrinas* y de *ideologías,* que son diferentes a las puras y simples *opiniones.*

Para comprender mejor la comparación en tre filosofía y ciencia (y teoría), es preciso entender la explicación formulada por Sartori en el sentido de que, en su acepción más restringida, todas las ciencias se miden en función de una ciencia mayor, cuyo significado es de ciencia *exacta*, es decir, de tipo *fisicalista*. En la acepción, la unidad de la ciencia está referida al mínimo común denominador de cualquier discurso científico. En este caso "ciencia" equivale a ciencia *en general,* en la cual se reconoce la existencia de una pluralidad de ciencias y de métodos científicos, que van desde las "clasificatorias" hasta las "fisicalistas", con toda una gama de casos intermedios.

Esta concepción flex i ble es la que admite mejor el discurso sobre las ciencias del hombre, aunque la advertencia es por demás clara: *al concebir la ciencia con flexibilidad, el patrón historiográfico resulta necesariamente más elástico que el establecido por la epistemología contemporánea.* Pues lo que puede considerarse ciencia con referencia al pasado, es decir, en una perspectiva diacrónica, no quiere decir que pueda ser caracterizado como ciencia en el presente. Si distinguimos entre estos dos patrones podríamos evitar muchas polémicas inútiles.

A la pregunta ¿Aristóteles y Maquiavelo fueron científicos de la política?. Sartori señala:

> *...en el dominio historiográfico se puede responder afirmativamente; pero en el epistemológico se debe responder en forma negativa. El historiador podrá alegar que una observación realista constituye la premisa y sigue siendo una parte integrante de la forma científica. Podrá también destacar que Aristóteles se coloca en una historia de la ciencia*

política (y también en otras ciencias), no sólo como una atento descriptor de los sucesos de su época, sino por el afán de clasificar. De modo semejante, el historiador podrá ver la cientificidad de Maquiavelo en el hecho de que con él, el observador se separa de la cosa observada, aún sin despojarse de sus propios fines y valores. De este modo, Maquiavelo rompe con la tradición filosófica, es decir, se aparta de la filosofía. Y todo eso es verdad, pero el epistemólogo tiene el derecho –y hasta el deber– de rep li car que si la observación realista se anticipa a la ciencia, tomada en sí misma, todavía no es ciencia. De modo análogo, el epistemólogo deberá precisar que si la ciencia no es filosofía, no se hace ciencia por el sim ple hecho de no hacer filosofía... (Sartori, 1992:227).

No está por demás señalar que la diferencia en tre el *patrón del juicio histórico* e historiográfico por un lado, y el *patrón del juicio epistemológico* por el otro, se plantea también para el caso de autores más contemporáneos como Gaetano Mosca, Roberto Michels y Vilfredo Pareto, los cuales han establecido tres "leyes" de la política, que hasta hoy están en el centro del debate politológico: *la ley de la clase política, la ley de hierro de la oligarquía y la circulación de las élites.*

La "revolución behaviorista": la influencia de un nuevo paradigma

Como materia de estudio universitario, la ciencia política tal como hoy se concibe es, sobre todo, una creación *angloamericana* y en su ac tual formato le deba tal vez más a las iniciativas estadounidenses que a las británicas. Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos comparten una herencia pragmática, que otorga gran importancia al sa ber práctico y a sus aplicaciones para fines productivos, lo cual es expresión de un *talante empírico* que, en muchas ocasiones, acentuó el aspecto utilitario de los argumentos morales y la apreciación de sus consecuencias a la hora de formular juicios políticos.

En Cambridge, por ejemplo, a finales del siglo XIX la ciencia política llegó a considerarse "*como una materia de gran valor para los hombres capaces pero inútiles, e incluso perjudicial para los estudiantes más débiles*", lo que fue motivo para que su análisis se convirtiera en opcional, porque "*en algunos casos resultaba estimulante y útil; y en otros, fomentaba un gusto dañino por la vaga disertación*" (Collini, Winch y Burrow, 1987:381). Tal situación se pudo comprobar a través de los cambios que experimentó su desarrollo: el estudio puramente empírico de las instituciones políticas se debilitaba al incluir un elemento mayor, en la historia del pensamiento político.

Ahora bien, la ciencia americana de la política, como Ber nard Crick se refirió alguna vez a esta disciplina académica, (Crick, 1959) ha tenido una *relación ambivalente* entre la política norteamericana y su democracia. La historia de esta relación está determinada por el reclamo a la ciencia política acerca de su *status* "científico", por su "neutralidad valorativa" y por la influencia de otras corrientes de pensamiento. Pero fundamentalmente por la controversia en los Estados Unidos de que, por una parte, la ciencia política debería ser neutral y cumplir la tarea de educar cívica y políticamente a los ciudadanos; y, por otra, de servir al Estado como instrumento de control social (Ball, 1995: 41-65). La tensión entre estas dos posiciones atravesó por tres momentos de la historia de la ciencia política norteamericana: *el wilsoniano, el progresista y la era de la revolución behaviorista* (Zamitiz, 1997: 103-118).

En el primer periodo, que podemos situar en 1880, los científicos políticos mostraron una falta de credibilidad hacia la democracia y específicamente hacia la educación cívica. En manos de Woodrow Wil son la ciencia política se concentró en los temas del liderazgo y de las "ciencias de la administración" al servicio del Estado; pero a principios del siglo XX la ciencia política había experimentado un acercamiento con las ciencias morales, a fin de convertirse en una descriptiva y explicativa. Sus nuevas fuentes de inspiración y su mirada interna incluyeron teorías evolucionistas vía la selección natural, así como los nuevos desarrollos en la psicología.

El segundo periodo llamado *progresista* reflexionó sobre los descubrimientos de un impulso inconsciente o irracional, que aparece en el pensamiento de los ciudadanos comunes. Estos descubrimientos "llevaron agua al molino" no sólo de los escépticos, sino de aquellos que pensaban que la ciencia política continuaba bajo sospecha de su propio objeto de estudio e influyeron en el de bate sobre el concepto de *opinión pública*. A esto se le consideró una situación maleable y manipulable incapaz de descubrir y de, incluso, dirigirse hacia las cuestiones de interés público.

En el tercer periodo, por el temor del surgimiento de los regímenes socialistas en Rusia y Europa, el trabajo de los científicos políticos durante los inicios de la *revolución behaviorista*, representó un intento por demostrar que Norteamérica no era Weimar y que las condiciones

propias de Estados Unidos eran precursoras de la posibilidad de que la democracia en América, pudiera ser su propio y peor enemigo.

Esta *tensión o ambivalencia* de la ciencia política y la democracia en el contexto norteamericano, Samuel P. Huntington la recuerda como una relación histórica que fue parte de una expansión de la reforma progresiva en la vida política e intelectual de la nación americana, hacia fi na les del siglo XIX. Las principales figuras para él fueron A. Lawrence Lowell, Woodrow Wilson, Frank Goodnow, Alber Bushnell Hart y Charles Beard.

Esta particular asociación histórica entre la ciencia política y la reforma política se sustentó, según Hun ting ton, en bases lógicas, pues la ciencia política, –como Lowell y Wilson enfatizaron– es o debería dedicarse al estudio de las realidades políticas, a explicar el cómo y el por qué del comportamiento político. Es decir, este considerable énfasis sobre la exploración empírica de las realidades de la política llevó a los científicos en dos direcciones: en la primera, la política tendía a ser extremadamente compleja y ambigua, por tanto no sólo no existían en términos generales soluciones obvias y simples a los problemas políticos. Por su naturaleza, la política reforzaba las tendencias no ideológicas, no doctrinarias y las tendencias pragmáticas entre aquellos que la estudiaban; no obstante, algunos politólogos se convirtieron en ideólogos aunque no doctrinarios y avanzaron de manera simple, aunque no simplista, en la solución de los problemas existentes. En la segunda, el estudio de la realidad política pudo empujar a los científicos a medida que descubrieron el comportamiento de los políticos, burócratas y votantes, así como las operaciones de las instituciones y de los procesos políticos –los cuales dejaban mucho que desear– hacia una dirección conservadora y dejarlos insatisfechos. Entonces el problema que se presentó fue saber combinar las verdades y enseñar el tema a los estudiantes, sin desilusionarlos.

Huntington argumenta que es imposible tener científicos políticos en una sociedad donde no hay participación política, ni competencia en el poder, pues éstos no tendrían nada que hacer. En este sentido, la conexión entre la democracia y la ciencia política ha sido estrecha y con tinua. Hay que recordar una famosa reunión en Har vard en el año en que la Constitución de los Estados Unidos se ratificó, en la que se votó mencionando que:

> *...es más necesario en una República, que en cualquier otra forma de gobierno, que los jóvenes sean instruidos en la ciencia política...* (Huntington, 1992:131).

En Estados Unidos es evidente que las tensiones interiores del crecimiento económico y el desarrollo social pueden explicarse, en parte, por la tradición que limitó la ciencia política al microcosmos del derecho, las ciencias sociales y las humanas. Los estudiosos de la ciencia política inmigraron habitualmente desde otros puntos del universo académico: de la historia, la filosofía y el derecho. Las modernas concepciones ampliaron los precedentes intelectuales y determinaron un contacto más íntimo con la economía, sociología, psicología y la antropología social.

Charles Merriam estuvo convencido, desde un principio, que la ciencia política estaba demasiado dominada por la tradición de "investigación en biblioteca" de los historiadores, por lo que intentó equilibrar la formación de los estudiantes de esta disciplina, haciendo que éstos utilizaran métodos especializados, para describir los acontecimientos políticos que ellos observaban directamente.

La búsqueda de este equilibrio –también conocido como el *péndulo behaviorista*– entrañó algunas dificultades. La ciencia política tecno-descriptiva recibió una admisión parcial y a regañadientes en ciertas Facultades. Con frecuencia, "el zapato del pie derecho iba en el pie izquierdo"; y la erudición tradicional concerniente a la teoría política, padecía privaciones y mutilaciones de todo tipo. Con ese carácter mixto de los especialistas en ciencia política, resultaba posible en un ataque de xenofobia decir a los filósofos: *"si realmente valéis para algo, debéis valer lo suficiente para conseguir un cargo en un departamento normal de filosofía"*. Lo mismo se decía a propósito de los especialistas en derecho público: *"que se vayan a la Facultad de derecho..."* (Lasswell, 1963).

Quienes se formaron en Estados Unidos entre 1920 y 1940 estuvieron ampliamente expuestos a la vocación teórico-empírica de la ciencia política en esta etapa. Cabe señalar que, desde el punto de vista del método, la investigación se caracterizó por atender más a la mera descripción y a la recopilación de datos sobre los procesos políticos, que a teorizar sobre cómo funcionaban; aunque alguna teoría latente orientaba la investigación, la cual se encontraba en las turbias aguas de la ciencia política. Es posible que áquella haya sido la que gravitaba sobre el fenómeno denominado *comportamiento político*, o más bien,

método conductista o *investigación del comportamiento* (Behavioral [is] Research) (Easton, 1992:19).

El rápido florecimiento de este método se debió seguramente a la existencia de ciertas actitudes y predisposiciones engendradas en la cultura estadunidense: pragmatismo, realismo, confianza en la ciencia, etcétera. Robert Dahl menciona también la existencia de poderosos estímulos que contribuyeron a su crecimiento, en tre otros, la viabilidad de un nuevo método para estudiar el comportamiento político de los individuos en determinadas situaciones: por ejemplo, el estudio de actitudes y preferencias políticas y, concretamente, el estudio del comportamiento de los votantes (Dahl, 1964:85-107).

La influencia de la "*revolución behaviorista*" en sus inicios se puede leer en diferentes formas, pues fueron diversas sus repercusiones. Por ejemplo, durante la década de 1960 varios historiadores del pensamiento político, muchos de ellos relacionados con la Universidad de Cambridge –por grata y oportuna coincidencia nos dice Rich ard Tuck– publicaron una serie de reflexiones de carácter general sobre su actividad profesional: John Pocock, John Dunn y Quentin Skinner. El objetivo principal fue discutir *que en el mayor número de estudios, las cuestiones filosóficas de más alcance daban lugar a un mayor número de confusiones.* Este planteamiento estaba ligado a la historia de las ideas tanto como a los estudios estrictamente literarios; es decir, el interés de estudiar obras antiguas de filosofía (o literatura) residía en el hecho de que contenían "aspectos intemporales", en forma de "ideas universales", o incluso, una "sabiduría perenne" de "aplicación universal" (Tuck,1996:240-255).

Skinner resumió la discusión en el sentido de proporcionar una recuperación de los escritos clásicos, sin tener en cuenta –sobre tentativas importantes y perennes, para establecer proposiciones universales de la realidad política–, las circunstancias de la evolución histórica. Pues sugerir que el conocimiento de la circustancia so cial era condición necesaria para comprender los textos clásicos, equivalía a negar que contenían elementos de interés intemporal y perenne y, por tanto, se restaría toda importancia al estudio de lo que dijeron. Por su parte, Dunn se quejaba de que pocas ramas de la historia de las ideas se habían escrito como historia de una actividad. Más bien en distintos momentos se analizaron complicadas estructuras de ideas, lo más cercanas posible a sistemas deductivos, siguiendo el rastro de su

morfología a lo largo de los siglos; aunque ciertas construcciones cosificadas de las ideas más accesibles de una gran personalidad, se habían comparado con las de otro gran hombre. De ahí la misteriosa tendencia de muchas publicaciones, sobre todo en la historia del pensamiento político, a reducirse a las proposiciones de grandes libros. Como alternativa a esta situación, Skin ner y Dunn insistieron en que la manera adecuada de leer un texto histórico, era considerarlo un producto en el que las intenciones re ales del autor –en la medida en que éstas pudieran reconstruirse razonablemente–, deberían ser la guía principal para saber por qué determinado texto adoptó la forma concreta que tiene.

Nos dice Tuck que, a pesar de que la intención principal de Pocock no fue argumentar en los mismos términos que los otros dos historiadores referidos, su ensayo fue una llamada para tomar en serio, como ma te rial que se debía entender y explicar. Hablamos del conjunto de escritos y otras producciones disponibles sobre política, procedentes de una determinada sociedad, lo que él denominaba "estereotipos" y "lenguajes" y que, posteriormente bautizó con el término de "paradigmas".

Lo sucedido en la década de 1960 es un referente importante sobre las cuestiones tratadas en aquel debate metodológico, no sólo por el énfasis al compromiso de que si alguien desea entender la historia de algo, debería investigar las pruebas y descubrir qué hacían las per so nas estudiadas, sino porque anunció el inicio del gran debate que se presentaría diez años después. Así, desde otra perspectiva, John Gunnell esbozó una historia en la que *el desarrollo del "conductismo" en la ciencia política, durante las décadas de 1950 y 1960, habría desembocado en un ataque contra la historiografía del pensamiento político, considerada como actividad de escasa importancia*[2] .

2 Gunnell describió un pasaje que, al igual que otros, como Giovanni Sartori interpretan al responder a la pregunta: ¿Cuándo apareció una ciencia política en sentido estricto, que nos permitió diferenciar entre una fase precientífica de la disciplina y su fase propiamente científica?, como una *transición entre una y otra fase*, la cual "tuvo lugar alrededor de los años cincuenta, en función de la denominada " *revolución behaviorista*". Naturalmente, esta *revolución* se incubaba desde hacía tiempo. La introducción de las técnicas cuantitativas se remonta a Stuart Rice y a Harold Gosnell, y muchas premisas las habían planteado entre 1908 y 1930: Bentley, Merriam y Lasswell. Pero recién se puede hablar de un *viraje de la disciplina* en su conjunto, a

Gunnelll cita a David Easton en 1953 lamentándose de que el pensamiento político tradicional de occidente fuera sustituido por estudios de historia del pensamiento político, actividad que vivía "parasitariamente" de ideas del pasado, y no intentaba ya proporcionar una ciencia política propiamente empírica, ni construir "un marco de referencia valorado" (Gunnell, 1979).

En su libro *The Political Systems* de 1953, Easton señaló que resultaba imprescindible justificar la construcción de una teoría general de orientación empírica en la ciencia política. Y en 1965, en *A Framework for Polítical Analysis,* escribió:

> *...que el rasgo más no ta ble de esta revolución intelectual fue, en realidad, el ritmo con que esta disciplina cambió de rumbo sin perder el con trol de su aparato intelectual. Ello es testimonio de la gran reserva de talento, aptitudes y conocimientos heredados que la ciencia política como disciplina ha logrado reunir (...) todo esto ha ocurrido bajo el signo de un sismo intelectual que ha sacudido a todas las ciencias sociales, y al que du rante un tiempo se le denominó behavioral approach. La nueva teoría, que luchó por ver la luz en la ciencia política du rante toda una década y que sólo ahora comienza a tener vida propia, es en gran parte hija de ese cataclismo...* (Easton, 1982:19).

Gunnell consideró que el principal punto de crítica de Easton a la historia del pensamiento político, era *una invitación implícita a que la ciencia política empírica se convirtiera en el modo de pensamiento dominante en política. S*egún sus conjeturas:

> *...la respuesta de los historiadores de la teoría política a la crítica de los conductistas, en cuanto a la importancia de estudiar la tradición, no consistía solamente en reafirmar su pertinencia tanto para la ciencia política como para la política en general, sino en mantener, además, que en ese momento era absolutamente cru cial...*(Gunnell, 1979).

La idea de una gran tradición en el debate político en Europa oc ci-den tal, según Gunnell, se había convertido en el centro de una crítica de la actitud moderna representada por Easton y otros como él. Su repudio a la historia del pensamiento político se había transformado en un antagonismo histórico, en tre una manera de pensar en política sus cep ti-ble de expresarse sólo en el lenguaje de la civilización, tomado de los textos clásicos de Platón a Marx; y otra, expresada en la pseudociencia del análisis de sistemas o cualquier otra cosa de la cual se manifestará la teoría "conductista". Escritores como Strauss o Arendt eran para Gunnell los principales ejemplos de teóricos que se adherían a este aspecto de la tradición.

partir de la Segunda Guerra Mundial (Sartori, 1992).

El mismo Dahl parece corroborar la apreciación de Gunnell cuando señala que, históricamente hablando, el método conductista fue un movimiento de protesta dentro de la ciencia política. Sobre todo por aquellos científicos de la política que compartían una fuerte insatisfacción por las realizaciones de la ciencia política convencional, principalmente en los terrenos histórico, filosófico y descriptivo institucional. Ésto junto con la creencia de que debían existir o podían desarrollarse métodos y procedimientos adicionales, que aportasen a la ciencia política proposiciones empíricas y teorías de naturaleza sistemática, comprobadas por observaciones más estrechas, directas y rigurosamente controladas de los acontecimientos políticos.

A la pregunta: ¿A dónde irá a parar la postura conductista considerada como movimiento de protesta?, Dahl respondió en 1964 "...creo que desaparecerá gradualmente...". Con esta opinión quería señalar que, como postura propia, el conductismo se incorporaría a la disciplina, pues estaba convencido que no desaparecería por haber fracasado, por el contrario se iría por haber tenido éxito. A pesar de valorar la importancia del movimiento de protesta que, permitió un "desgajamiento" rápido de la ciencia política en relación con las otras ciencias sociales en la búsqueda de autonomía, Dahl consideró que el método conductista, por restaurar algunas unidades de la disciplina, había resquebrajado otras (Dahl, 1964:85-107).

No sabemos hasta qué grado, hoy tengan unidad y cohesión los cinco fragmentos que en aquel tiempo Dahl veía desunidos: *la ciencia política empírica, los patrones de evaluación, la historia, la teoría gen eral y la especulación*. El hecho es que este estudioso se percató, no sólo de la falta de cohesión de la disciplina en sus niveles de sa ber, sino que las transformaciones experimentadas seguramente fragmentarían a la misma.

David Easton señala que afirmaciones sobre el ser y el deber ser, sobre los hechos y los valores, a menudo estuvieron entrelazados durante su formación. Al respecto cita su propia experiencia como ejemplo de la falta de coherencia teórica, cuando realizó sus estudios en Harvard, lo que él denominó posteriormente la etapa de la ciencia política tradicional:

> *... al finalizar mis estudios me encontraba sumamente confundido (...) nadie había tratado de explicarme por qué motivo mi interés por la política requería del estudio de un abanico de materias tan amplio, más allá del sim ple hecho de que todas ellas estaban relacionadas con ese algo llamado gobierno. No lograba comprender sobre qué bases la ciencia*

política podía considerarse como un cuerpo de conocimientos coherentes, dada la ausencia de una estructura teórica, dentro de la cual sistematizar todos aquellos cursos y verificar su relevancia...(Easton, 1985).

La búsqueda de una teoría política sólida llevó a Easton a participar en la *revolución* también referida por Dahl, a la que Easton calificó *conductivista*, fase que constituyó también –como lo referimos anteriormente–, la transformación fundamental que ha caracterizado la ciencia política de occidente en este siglo. Es este autor quien aclarará que pese a la raíz común de los términos conductismo (*behaviorism*) y conductivismo *(behavioralism*), ambas posiciones teóricas tenían poco en común y que la ciencia política nunca había sido conductista, ni siquiera durante el auge del conductivismo (Easton, 1992).

Lo que debemos dejar muy claro es que el conductivismo, como lo explica Easton, sostuvo la existencia de una uniformidad comprobable en el comportamiento humano y, secundariamente, que tal uniformidad podía comprobarse mediante pruebas empíricas. Así, la cuantificación posible y plausible encontró un lugar importante en la ciencia política. El resultado fue que durante los años cincuenta y sesenta, dicha ciencia alcanzó la capacidad de utilizar una vasta gama de técnicas empíricas cada vez más sofisticadas: cuestionarios, entrevistas, muestreos, regresiones, análisis factoriales, modelos racionales, etcétera.

Es importante subrayar que la búsqueda de un conocimiento sistemático, basado en la observación objetiva, llevó a un *cambio decisivo en el significado de la teoría*. Por tradición, ésta había tenido un carácter filosófico e histórico que buscaba explicar el desarrollo de las ideas políticas . Por ello, una parte considerable de los esfuerzos teóricos se dirigió a la construcción de teorías empíricamente orientadas a los diversos ámbitos de análisis. La llamada *teoría de alcance medio* dio vida a amplios segmentos de la disciplina, como en el caso de la teoría pluralista o la teoría de juegos (Zamitiz, 1993:81), comprobando lo que alguna vez escribió Oran Young:

“Por encima de todo, hay indicios de que los desacuerdos en el campo de la ciencia política son mucho más amplios y radicales en el nivel del análisis abstracto y epistemológicos, que en el nivel más concreto de la investigación práctica” (Young, 1968:72).

Ahora bien, regresando a la historia del pensamiento político, hay que aclarar que tiene razón Gunnell cuando explica que el movimiento contra el que se dirigían los ataques de Skinner, Dunn y Pocock fue una

respuesta a la hostilidad de la ciencia política de posguerra, en con tra de la historiografía del pensamiento político y como una afirmación de la permanente idoneidad de una ciencia política no cuantitativa y no conductista. No obstante, Richard Tuck hace dos importantes señalamientos a Gunnell: en primer lugar, aunque las observaciones de Easton eran aplicables a Strauss o Arendt, "los objetivos reales de su crítica explícita eran mucho más a estudiosos rutinarios de la década de 1960, que escribían sobre la historia del pensamiento político desde un punto de vista científico convencional"; en segundo lugar, el no haber tomado en serio las afirmaciones conductistas de Easton para quienes el estudio de la política debía implicar hechos y valores, aunque unos y otros pertenecieran a ámbitos lógicamente distintos (Tuck, 1996:246).

Por tanto, el rasgo más llamativo de la ciencia política angloamericana (y sobre todo norteamericana) en la primera mitad del siglo XX, fue la combinación de ese reconocimiento con un empeño muy débil por considerar realmente cómo podían aparecer o justificarse los valores. De hecho llama la atención que algunos libros de texto (como el de G. Sabine) estuvieron dispuestos a manifestarse en fa vor de cualquier declaración, sobre la verdad o falsedad de las teorías políticas que examinaban.

Es importante reconocer –nos dice Tuck– que esta opinión negó la existencia de teorías políticas universales u objetivamente verdaderas; pero afirmaba, al menos, la pertinencia de las cuestiones tratadas por los grandes textos y en eso consistía su utilidad. Por ello, se debería distinguir la actitud de escritores como Strauss o Hans Morgenthau quienes, aunque con orientaciones diferentes, insistieron en la existencia de verdades en teoría política "al margen del tiempo y lugar". Con sus opiniones daban a entender que los textos debían estudiarse por sí so los, pues eran la respuesta de "grandes mentes" a un conjunto de problemas permanentes conocidos, tanto por el estudiante norteamericano de la década de 1950, como por el habitante de la *polis* griega.

Según las pautas de una cultura política a largo plazo, se pensaba en la posibilidad de inculcar a los ciudadanos un conjunto heterogéneo de valores y educarlos en una serie de textos razonables y no demasiado exóticos, que divergían entre sí de una manera intelectualmente estimulante. La obra de Kennet Arrow, –nos dice Tuck– que tuvo una especial influencia tras la segunda edición revisada de su obra *Col lec-*

tive Choice and Individual Values aparecida en 1963, impresionó a los más "duros" politólogos. Por su rigor metodológico los convenció de que debían revisar sus vagas hipótesis sobre el carácter social de los valores. De este modo encajaba en una opinión en desarrollo a mediados de la década de 1960 (sobre todo en Estados Unidos), según la cual la filosofía política de tipo aparentemente tradicional debería escribirse otra vez. (Para Tuck no fue una coincidencia que el exponente más destacado de una nueva filosofía política fuese John Rawls y se le viera en buena medida como kantiano).

Pero si en el paisaje ético de la ciencia política norteamericana *no tenía ya sentido una pluralidad de valores fundamentados de una manera indeterminada, quedaba socavada la función tradicional del pensamiento político*. Esto fue lo que sintieron Dunn y Skinner al final de los años sesenta y su polémica contra la historia tradicional del pensamiento político coincidió con un sentimiento claro de la posibilidad, al menos, de una filosofía política moderna y sistemática.

La "nueva" historia del pensamiento político fue la contrapartida de la "nueva" filosofía política del mundo anglosajón de las décadas de 1970 y 1980. Tuck aclara que el ideal de una nueva filosofía política que proporcionaría a la moderna Norteamérica (y, por extensión, a sociedades en situación similar) un conjunto de valores, parecerá mucho menos plausible en 1990 que en 1970, pues veinte años de impresionante actividad filosófica habían servido en gran parte para subrayar la naturaleza dispar de los valores modernos, a pesar de cierta complacencia al respecto, por parte de algunos teóricos liberales. En el caso de los especialistas de lengua inglesa tuvo una función crucial la decadencia de la teoría política en este idioma a principios del siglo XX y su renacimiento a finales de la década de 1960. Las cuestiones debatidas en las tradiciones intelectuales de Francia y Alemania, distintas a la inglesa, tuvieron (al principio) poca influencia en estas discusiones de los años sesenta (Tuck, 1996).

La explicación anterior coincide con la afirmación de finales de los años 80, de que la teoría política había experimentado un renacimiento. Si se comparan las dos décadas de 1970-90, con las dos precedentes de 1950-70 (tiempo en el que se verifica la "revolución behaviorista") se observa un ascenso en el interés por la materia y un incremento al interior de la comunidad de estudiosos de la política.

El cambio, nos dice David Miller, se había experimentado en la forma en la que se hacía la *teoría política*, por el surgimiento de muchas divisiones marcadas en tre las diferentes áreas de la disciplina. En ellas la mayor parte del trabajo teórico era realizado en una u otra subdisciplina, lo cual resultaba cada vez más difícil para los practicantes, pues no podían moverse confiadamente a través de las fronteras internas del campo de estudio (Miller, 1997:488).

Aunque no parece claro que la filiación nacional haya tenido que ver con el tipo de contribución que ellos hicieron, los teóricos británicos jugaron en diversas formas un papel importante en el revivir de la teoría política. Debido a ello se enfatiza en la existencia de una "teoría política británica" que, en comparación con la producción estadounidense, había enfrentado cierto enfeudamiento intelectual que había desfigurado el pensamiento político norteamericano, sobre todo en la respuesta a la obra de Leo Strauss y sus discípulos.

El hecho es que durante los últimos veinte años han existido importantes transformaciones, que se pueden simplificar de la siguiente forma:

a) *El estudio de los textos clásicos se reemplazó por el análisis histórico del pensamiento político,* atribuíble –como lo vimos a lo largo de la última parte del presente artículo–, principalmente a varios autores de la llamada "Escuela de Cambridge", especialmente Peter Laslett, Quentin Skin ner, John Pocock y John Dunn. La tesis clave que estos autores sostuvieron fue que el significado de un texto del pasado –cuya determinación constituye los prolegómenos esenciales a todo análisis crítico–, no puede ser establecido simplemente por medio de una lectura (o serie de lecturas) detallada que use parámetros modernos de interpretación, ya que el significado por los términos clave, así como la lógica de los argumentos usados en el texto, dependerán, en cada caso, del medio intelectual en el que el texto se produjo.

b) *La mutación del análisis con cep tual en teoría política normativa* (filosofía política) y los intentos para establecer un conjunto de principios, de algún modo fundamentados y con implicaciones prácticas para la constitución del Estado y la sociedad. Esto significó

un retorno a la tarea tradicional de la teoría política, aunque para ello enfrentó el problema de encontrar alguna base objetivamente racional, para que los principios propuestos se orientaran a un interés práctico[4].

c) Por último, trazar el desarrollo de la teoría política normativa a partir de Rawls supone una distinción entre teorías de corte *individualista*, que intentan la formulación de principios políticos partiendo de una especificación abstracta de los individuos, de sus intereses y aspiraciones morales; y teorías de tipo *comunitarista*, que parten de personas previamente inmersas en relaciones sociales –prácticas, comunidades, etcétera– e interpretan los ideales políticos, fundándose en una comprensión de tales relaciones. Así, el *individualismo* y el *comunitarismo* han representado dos puntos de partida opuestos, para la formulación de la teoría política. Esta parcelación metodológica –aunque no del todo clara en el terreno ideológico–, ha sido en los últimos años, la fuente más importante de desacuerdos al interior del campo de la teoría normativa (Miller, 1990: 495).

Conclusiones

Reafirmar el rigor analítico de la disciplina en la ampliación de su objeto de estudio.

Gerry Stoker ha escrito recientemente que los británicos nunca se han sentido cómodos al utilizar el término "ciencia política", por ello en sus universidades han preferido utilizar denominaciones como "gobierno", "política", "teoría e instituciones políticas" y "política y relaciones internacionales". Además, los escrúpulos que suscita el uso de la palabra "ciencia" reflejan, sin duda, la posición especial que las ciencias naturales reclaman para sí y el desprecio por las *ciencias* sociales que a veces han expresado políticos de renombre. No obstante, apunta Stoker:

> *...nos referimos a la ciencia política en el sentido de que existe una tradición académica de estudio de la política, una disciplina que se transmite de profesor a alumno, a través del*

[4] No es casual que el parteaguas en el desarrollo de la teoría política normativa haya sido la publicación de *A Theory of Justice* de John Rawls, cuya primera edición data de 1971 y que tuvo una enorme influencia, tanto en Gran Bretaña como en Norteamérica, y del número de intentos (Nozick, Ackerman, Walzer, etcétera) para desarrollar alternativas sistemáticas a su teoría.

discurso y de la escritura. La disciplina no copia los métodos de las ciencias naturales porque no serían apropiados. Presenta un conocimiento estructurado y exige que quienes la practican respeten ciertas normas intelectuales a la hora de debatir... (Marsch y Stoker, 1995:15).

En su libro *Teoría y Métodos de la ciencia política,* Da vid Marsch y Gerry Stocker expresan su compromiso de recuperar el término "ciencia" para designar todas las disciplinas organizadas de forma académica; pues la palabra "ciencia" procede del término latino *scientia*, que significa un conocimiento adquirido a través del estudio. En el libro se desprende que *el desarrollo de la ciencia política se ha visto acompañado del deseo de ampliar su campo de estudio como resultado, durante las dos últimas décadas, de la presión en favor de ampliar la definición de lo político*, aumento que en buena medida se justifica en el hecho de que la política es una actividad ubicua. Es decir:

...una actividad generalizada que tiene lugar en todos aquellos ámbitos en los que los seres humanos se ocupan de producir y reproducir sus vidas; actividad que puede entrañar tanto enfrentamiento, como cooperación, de forma que los problemas se presentan y resuelven a través de decisiones tomadas colectivamente... (Marsch y Stoker, 1995:19).

Dicha extensión de la definición de la política ha tenido una primera implicación para la disciplina: describir los fenómenos y analizarlos de diferentes modos. Por tanto, hay que señalar que la ciencia política no sólo se ha caracterizado por la variedad de sus enfoques durante la última década, sino que éstos se han incrementado[5].

Estos autores describen seis enfoques [6] y señalan que, aunque a la *teoría normativa* y a los *estudios institucionalistas* se les ha otorgado

[5] Es necesario dejar claro que desde 1990 David Miller, profesor de Ciencia Política en Oxford, Inglaterra, se refería al crecimiento de lo que él llama la *teoría política aplicada*, al enunciar las tendencias que había detectado y que apuntaban hacia un desarrollo futuro de esta rama del campo de conocimiento. Una de ellas se refiere a las implicaciones de la teoría política en las políticas públicas (aplicar la teoría de Ralws, Beitz o Daniels en forma alternativa, partiendo de una institución social o algún programa del modelo del Estado de bienestar). Otro ejemplo tiene que ver con los debates sobre el mercado y la "economía de mercado", cuyo ordenamiento dependería de las creencias normativas y empíricas que configuran la teoría política. Un tercer tema de interés ha sido la cuestión de la igualdad sexual y racial. Si bien, buena parte del trabajo en este rubro no pertenece al área de la teoría política aplicada, sino que más bien participan en el debate sobre la justicia de género (posición subordinada de la mujer), también existen trabajos que han retomado argumentos teóricos provenientes del ámbito de la teoría política normativa (Miller, 1997:500-508).

"certificados de defunción", siguen siendo el "doble pilar" de la ciencia política tradicional. Si bien el primer enfoque entró en decadencia en los años cincuenta y sesenta, como se explicó ampliamente en el apartado anterior, desde los setenta se ha recuperado. Ya en los años noventa se registró un súbito incremento tanto del interés en esta materia, como de la confianza en aquellos que la practican y su reputación entre los politólogos también parece haber mejorado.

Al estudio de las instituciones políticas le interesan las reglas, los procedimientos y las organizaciones formales del sistema político, así como su impacto en la práctica política. Desde un punto de vista histórico, la vitalidad del enfoque institucionalista en ciencia política pone de manifiesto la influencia que, sobre su desarrollo como área de estudio independiente, han tenido el derecho, la filosofía y los estudios históricos.

Dos de los enfoques más recientes son la *teoría conductista* y la *elección racional*. De hecho, ilustramos cómo en los Estados Unidos el enfoque conductista ha sido el dominante dentro de la disciplina. Su impacto en Europa ha sido considerable pero, a pesar de todo, sigue siendo un enfoque más. La teoría de la elección racional también ha logrado muchos adeptos desde mediados de los años cincuenta. Su presupuesto implícito es que el comportamiento político puede entenderse como el resultado de las decisiones de los individuos que actúan según su propio interés. Los estudios de la elección racional han procurado arrojar luz sobre cuestiones en todos los campos de la ciencia política, mismas que van desde la lucha electoral hasta el funcionamiento de la burocracia.

El último binomio de esta apretada descripción de los enfoques de la ciencia política en la actualidad son *el feminismo* y el *análisis del discurso*. Este último representa un reto importante para las corrientes más consolidadas; aunque cabría encontrar antecedentes de ambas perspectivas en la historia de la disciplina, que sólo han pasado a un

[6] Dice Gerry Stoker que quizá a algunos les sorprenda que el marxismo no haya sido incluído en la lista; sin embargo, para este estudioso, dicha corriente ha sido decisiva en el impulso que ha recibido la ampliación antes mencionada, del ámbito de la ciencia política, ya que la relación de la política con las grandes fuerzas sociales y económicas ha sido uno de los principales temas de los autores marxistas, pero no es apropiado considerarlo como un enfoque independiente.

primer plano a partir de los años setenta. El impacto del feminismo ha sido considerable en muchos sentidos, pues ha favorecido la revisión de los elementos más sólidos de la ciencia política. De este modo, los estudios de género han sido decisivos en la ampliación de los horizontes de la ciencia política. El análisis del discurso, aunque ha tenido menos impacto que el feminismo, constituye un importante vínculo entre la ciencia política y el posmodernismo, pues considera que, estructurar el significado de lo social, es el principal hecho político. Los estudios de discurso analizan, además, cómo los sistemas de significado o "discursos" conforman la manera de entender la propia posición o actividad política. Según este enfoque, la producción, el funcionamiento y la transformación de los "discursos" deberían ser objeto de estudio, ya que constituyen una herramienta útil para entender la articulación y el carácter de la política en las sociedades complejas.

zamitiz@sociolan.politicas.unam.mx

Bibliografía

Arendt, Hannah (1997), *¿Qué es la política*?, Barcelona: Editorial Paidós, ICE-UAB.

Aron, Raymond (1997), *Estudios Políticos*, México: Fondo de Cultura Económica.

Ball, Terence (1995), "An Ambivalent Alliance: Political Science and American Democracy", *Political Science in History. Research Programs and Political Traditions:* Edited by James Farr, John S. Dryzek and Stephen T. Leonard, Cambridge University Press.

Collini, Stefan, Winch Donald y Burrow John (1987), *La política ciencia noble. Un estudio de la historia intelectual del siglo XX*, México: Fondo de Cultura Económica.

Córdova, Arnaldo (1976), *Sociedad y Estado en el mundo moderno*, México: Grijalbo.

Crick, Bernard (1959), *The American Science of politics*, Berkeley los Angeles: University Press.

Easton, David (1982), *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Easton, David (1992), "Pasado y presente de la ciencia política en los Estados Unidos", en *Estudios Políticos*, núm. 11, Tercera época, julio-septiembre, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.

Gunnell, John (1979), *Political theory: Tradition and Interpretation*, Cambridge: Mass.

Gramsci, Antonio (1986), *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno,* México: Juan Pablos Editores.

Huntington, P. Samuel (1992), "Ciencia política y reforma política. De alma en alma", en *Estudios Políticos*, Tercera época, núm. 12, octubre-diciembre, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Kuhn, S. Thomas (1986), *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económica.

Lasswell, Harold D. (1963), *El futuro de la ciencia política*, Edit. Tecnos.

Marsh, David and Stoker Gerry (1995), *Theory and Methods in Political Science*, Gran Bretaña: Macmillan Press.

Miller, Da vid (1997), "El resurgimiento de la teoría política" en *Metapolítica*, Revista tri mes tral de teoría y ciencia de la política, vol. I, núm. 4, octubre-diciembre, México: Centro de Estudios de Política Comparada A.C.

Mounin, Geor ges (1962), *Maquiavelo* , Bue nos Aires, Argentina: Ediciones Cenit.

Pasquino, Gianfranco (1988), "Naturaleza y evolución de la disciplina" en *Pasquino, et. al. Man ual de ciencia política* , Ma drid, España: Alianza Universidad Textos.

Prélot, Mar cel (1964), *La ciencia política*, Bue nos Aires, Argentina: EUDEBA.

Sartori, Giovanni (1992), *La política, lógica y método en las ciencias sociales* , México: Fondo de Cultura Económica.

Strauss, Leo y Cropsey Jo seph (1996), *Historia de la filosofía política* , México: Fondo de Cultura Económica.

Tuck, Rich ard (1996), "Historia del pensamiento político", *en Pe ter Burke (ed), Formas de hacer Historia*, Ma drid, España: Alianza Universidad.

Wolin, S. Sheldon (1993), *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político*, Bue nos Ai res, Argentina: Amorrortu Editores.

Young, R. Oran (1986), *Sistemas de ciencia política*, México: Fondo de Cultura Económica.

Zamitiz, Héctor (1993), "La ciencia política en tre el racionalismo y el empirismo", en *Estudios Políticos*, cuarta época, núm.1, octubre-diciembre, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Zamitiz, Héctor (1997), "De la democracia al pluralismo y por qué", en *José Luis Orozco y Ana Luisa Guerrero, Pragmatismo y Globalismo. Una aproximación a la política contemporánea*, México: Fontamara-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.